

Unamuno y Cernuda en dos poemas

El poema de Cernuda «Impresión de destierro»; uno de los más bellos de su libro *Las nubes*, suele recordarme siempre que lo leo un poema de Unamuno, titulado «En una ciudad extranjera», que don Miguel incluyó en la serie «Meditaciones» de su primer libro, *Poesías*, publicado en 1907. El poema de Unamuno está escrito en Oporto, los días 1 y 2 de julio de 1906, durante el viaje que hizo a Portugal en el verano de ese año. El de Cernuda, seguramente en Londres, en 1939. En su *Historial de un libro*, páginas autobiográficas de enorme interés, confesó Cernuda que al llegar a Londres, dejando a España bajo el fuego de la guerra, llevaba unos poemas dictados «por una conciencia española, por una preocupación patriótica que nunca he vuelto a sentir». Esos poemas pasaron a su primer libro, *Las nubes*, y a ellos se añadieron otros escritos en Londres, entre ellos «Impresión de destierro». Pasaba entonces Cernuda por momentos de depresión. La conciencia de los trágicos sucesos de la guerra enturbiaba su vida diaria, y la muerte terrible de Federico no se apartaba de su mente. «Impresión de destierro» pertenece a esa serie de poemas sellados por la preocupación de España. Evoca en él una de esas reuniones de sociedad, en una vieja casa de Londres, con caballeros y damas de cierta edad, que toman el té. El poeta, aburrido, escucha hablar del tiempo y quizá de la lejana España, pues de pronto brotó en la reunión esa palabra: España. Terminada la reunión, ya en la calle, ve caminar, silencioso, a uno de los visitantes.

Andando me seguía
Como si fuera solo bajo un peso invisible,
Arrastrando la losa de su tumba;
Mas luego se detuvo.
«¿España?», dijo. «Un nombre.
España ha muerto». Había
Una súbita esquina en la calleja.
Le vi borrarse entre la sombra húmeda.

Muy distinto y mucho más largo —233 versos— que el de Cernuda, es el poema de Unamuno al que me referí antes: «En una ciudad extranjera». Paseando solo, «dentro del mar humano / mar de misterio», por las calles de Oporto, el poeta va evocando todo lo que ve, seres a los que no conoce ni le conocen, en una serie encadenada de subtemas gratos a su espíritu: el mendigo que se le acerca y le tiende la mano para pedirle una moneda, y que le inspira un canto a la «mano húmeda», cuya lengua «es universal»; la pareja de enamorados, «ciegos al mundo»:

Al bordearlos, se sienten cuando pasan
más humanos, más buenos;
uno suspira
envuelto en añoranzas del antaño...

la madre que lleva en «su regazo dulce» un niño que «viene sonriendo al mundo»; el paso de un entierro ante el que los que pasan «descubren sus cabezas»:

Como yo, él
no entiende
a los que pasan,
ni los conoce,
en su caja tendida
mira a Dios cara a cara y... ¿goza o duerme?

Finalmente una prostituta que pasa,

flor humana
de colores chillones que al aire
flotan como banderas...
.....
que va encendiendo en los ojos
de los que pasan
la antorcha del deseo,
sacudiendo la carne.
Y prosiguen más tristes su camino
sin detenerse...

Tras esta evocación de lo que ve, impregnada de hondo sentimiento fraterno, el poeta piensa si los demás le verán y cómo le verán. Y se autorretrata en unos versos:

Un hombre de otro traje,
de otro color,
de traza peregrina,
que pasa solitario
recogiendo miradas
¡y soñando quizás en otras tierras!
¡El extranjero!
¿Dónde nació? ¿De dónde y a qué viene?
¿Quién es el hombre extraño
que la costumbre rompe?
¿Qué habrá en su tierra?
¿Será su Dios el nuestro?
¡Cuántas tierras, Señor, no conocemos!...

Siguiendo el hilo del poema vemos a don Miguel sentarse bajo un tilo de la avenida, que le recuerda el de su pueblo. Y un nuevo subtema aparece: el del perro que se acerca al poeta y se deja acariciar por su mano. El perro simboliza para Unamuno «la hermandad que une a los humanos»; «obrero de hermandad entre los hombres», le llama, «pues tú nos unes / más que nosotros mismos nos unimos / de propio impulso...» Y de pronto, en brutal contraste, oye el poeta un exabrupto español, un taco inesperado, cuya palabra no se atreve don Miguel a escribirla completa:

... ajo!, oigo exclamar, vuelvo la cara
al sentir que me rompe
la soledad ese brutal acento;
la patria me saluda
con su voz más doméstica
cuando en ella soñaba
mecida en el aroma de los tilos...

... ajo! Es la patria,
la que encontramos hecha,
la que vive, la histórica, es España...
Bien, ¿y la otra?
Adiós, tilo agorero,
adiós, perro mi amigo,
vuelvo a la muchedumbre
que no conozco
ni me conoce.

Unamuno, Cernuda, evocan en sus poemas dos Españas distintas. Cernuda, la España desolada por el dolor, herida por la guerra civil, en la voz de un desconocido; Unamuno, la España soez de otro desconocido, del español que ostenta su grosería ante los demás, sean o no extranjeros. Y don Miguel termina su poema soñando en la *otra* España, la que él ama, la España limpia del futuro, que nunca encontraría. Y con la ternura que ocultaba su pecho, dice adiós al tilo de Oporto que le ha dado sombra y al perro amigo que le ha acompañado unos instantes.

José Luis Cano

